



Seis ensayos mínimos en torno a Ricardo Piglia

Ramón Castillo

Erótica literaria

Leer es, nos dice a cada momento y de muchas maneras Ricardo Piglia, en esencia un acto amoroso. Por supuesto, no en un sentido cursi y edulcorado; sino a la manera de un ejercicio de creatividad dinámica, de exceso de vida. Hay una transmisión, podríamos decir, de impulsos eléctricos, súbitos relámpagos que iluminan la mente y agilizan el pulso cuando ocurre ese encuentro entre un libro y su lector. Se establece un pasaje, cuerpo y palabra se aproximan sigilosos, abiertos, expectantes.

Al comienzo del primer tomo de *Los diarios de Emilio Renzi*, correspondiente a sus años de formación, hay un apunte al respecto. Escribe: “El valor de la lectura no depende del libro en sí mismo, sino de las emociones asociadas al acto de leer”. Y recuerda que para él, la literatura, este ejercicio que ha marcado por completo su experiencia, tiene una raigambre femenina, es decir, desde un principio, la palabra está asociada con el amor, ya sea el de su madre, la primera muchacha de la que se enamoró en la juventud o la exótica visitante que le regaló un libro en su niñez. Uno se enamora no sólo del contenido de un volumen, sino de lo que éste nos dejó inscrito y dice más que el propio texto.

De esta forma, amar, escribir y leer son verbos que sin confundirse se entremezclan a lo largo de toda una existencia, alterando a cada instante el flujo uniforme de lo mismo. Un recuerdo es la imborrable crónica de una colisión afortunada. Todos recordamos el enamoramiento inaugural, la sonrisa cómplice en la cama, la frase que nos regaló la alegría de un asidero, la impaciencia ante un final. Los libros, igual que los romances, también nos dejan cicatrices.

Poiesis interruptus

Gilles Deleuze aseguraba que un verdadero filósofo debe acuñar sus propios conceptos. Habrá que sospechar de un pensador incapaz de crear una sintaxis personal o articular un vocabulario que lo singularice. Lo mismo, por supuesto, aplica para los escritores. En el caso de Ricardo Piglia, una de las ideas más sugerentes, por

su amplitud de registros, es el concepto de “interrupción”. Es claro que esta idea no posee un carácter de una sola vía, por el contrario, su potencia se halla en el hecho de que es una figura que abre senderos en latitudes dispares. Delinea una topografía interrumpida por ires y venires, amputada, abismal a ratos. Interrumpir es la tregua forzada ante lo cotidiano.

La interrupción es abrir una herida en el centro mismo del sentido, de lo que entendemos o hacemos con y en ese espacio. Leer es un claro ejemplo. Mediante la inmersión en un texto se paraliza el exterior, el lector escapa de su afuera. Huir es un acto vital y la lectura es una salida de emergencia. “La distancia, el aislamiento, el corte, aparecen metaforizados en el que se abstrae para leer”, señala el autor argentino.

De manera opuesta, la interrupción, en tanto hendidura, también detiene o frena. Funge como un acto disuasivo en la peor de sus acepciones. La superficialidad es una vía que evita el pensamiento de mayor calado. El ruido, los murmullos, la palabrería mundana son impedimentos, demoras o estorbos. Su naturaleza es ser obstáculos mortales, cortes que nulifican. A fin de resguardarse de tales estancamientos, es necesario tomar la palabra y saltar las incisiones, dar un largo rodeo y burlarse de la homogeneidad que imponen los medios, acallar la saturación de lo mismo. Es preciso fugarse del agobio permanente de estar disponible en todo momento. Habrá que construir una poética que haga de la interrupción su más acabada forma.

Cuerpo y virtualidad

A ratos los diálogos parecen seguir el esquema clásico entre apocalípticos e integrados. De inmediato se

evidencia a qué bando pertenece él. A través de las entrevistas y artículos suele deslizar observaciones que, en lugar de consignar un temor o un soterrado escándalo, más bien ilustran una curiosidad inmensa, una sonriente perplejidad. A lo largo de *La forma inicial* lo vemos —porque la lectura es también una manera de mirar—, lo vemos expresarse entusiasmado por los *hackers* y su oposición al sistema económico y político. La *web* también es un escenario de incipientes resistencias. Vivimos en un tiempo de detectives y criminales cibernéticos. Dupin se ha mudado de París a Silicon Valley.

Confiesa llevar un blog secreto. Le interesa ver los efectos que produce, las relaciones que se establecen a partir de estos ejercicios de publicación inmediata. En una charla, alguien sugiere que tal vez se pueda aprender algo de la pantalla, refiriéndose a las computadoras, a lo que él responde sin reserva: “Se aprende muchísimo. Y quizá esto de la presencia del cuerpo es arcaico”. Escribir es una forma de desaparecer, lo sabe. También debe tener bien presente, porque le gustan las cartas, que como decía Descartes, los libros son conversaciones que no obedecen a las restricciones de tiempo o espacio de los interlocutores. Cada extremo de la conversación vive en un clima múltiple, fragmentado, interrumpido. Le interesan las redes porque la literatura está inmersa en ellas, porque la literatura es una amplísima red que nos narra.

El peso específico del cuerpo y sus barreras, los gestos codificados en nuevas conexiones, la posibilidad de trasladarse a una velocidad otra, todos son problemas ya prefigurados por la lectura. El primer texto que se compró en Amazon, recuerda emocionado, fue el *Finnegans Wake*. Literatura para insomnes y políglotas. Joyce

aseguró que escribía a lectores que aún no habían nacido. La escritura es una huella aún más transgresora que los píxeles, es auténtica virtualidad pues nos demuestra que, en verdad, el cuerpo es algo arcaico. El siglo XXI es la era del *Finnegans*, simultaneidad absoluta, desvelo.

Paréntesis

Interrumpir la interrupción. La escritura posee una intensidad valiosa en tanto ella corta de tajo la secuencia ordinaria de la existencia. Quien toma papel y pluma o se sienta ante un teclado selecciona y altera, traiciona con absoluta impunidad con el fin de ofrecer algo distinto a lo que soporta diariamente. Imagina paisajes nunca vistos, viaja alrededor de su habitación. Se excluye a sí mismo del movimiento y la utilidad, el trabajo y la familia. Es una máquina soltera, para recordar a esa amplia estirpe que se remonta a Kafka.

Al colocar (o introducirse a uno mismo entre) paréntesis se crea una interrupción dentro del ruido sordo e idiota de la vida. Y se sabe que este signo ortográfico permite a un tiempo marcar un significado oculto, velado, secreto y, también (especialmente en las matemáticas), encapsular una operación concreta —una adición o sustracción—, un mecanismo encarnado en un contexto más amplio que, de manera forzosa, será afectado por esa crisálida anidada en su interior.

En *El último lector*, Piglia analiza con lucidez y detenimiento dicho aspecto en la obra kafkiana. Sobre el autor de *El proceso*, dice: “La suspensión, el desvío, la postergación: esto es clásico en él, lo narra siempre, pero define también el registro de su escritura. Su estilo es un arte de la interrupción, el arte de narrar la

interferencia”. Franz huye de las amenazas externas mediante la entrega obcecada a la palabra. Siempre comienza un nuevo relato, una carta a Felice, un apunte, cualquier cosa que destrone el afuera. La lucha se fragua al evitar que la realidad se inmiscuya (estorbando su vocación) y afianzarse en su destino (al eclipsar al mundo mediante una frenética escritura).

Otro caso ejemplar. Cuando el *Bartleby* de Hermann Melville exclama “*I would prefer not to*” colisiona la maquinaria desde adentro, la línea de producción entra en *shock*, nadie entiende lo que aquel hombre lleva a cabo. Al renunciar a cualquier acto, el escribiente anula su entorno (“el rechazo tranquilo, la pasividad ligada a una firmeza y a una negación cerrada”) crea una individualidad incómoda mediante una operación de quietud y mutismo. Aquel hombrecillo se ríe del poder, es un ser extraño e indescifrable, profundamente humano y, por lo mismo, monstruoso a los ojos de los demás. Su carcajada retumba por los pasillos del absurdo.

Tiempo personal

Refiriéndose a Saul Bellow, el autor de *Plata quemada* suelta la siguiente frase: “El arte es una pausa, es un momento de pausa, y por eso se parece a la oración”. Sin caer en sacralizaciones, lo que insinúa es que, como todo recogimiento, la lectura atenta, paciente, que sus trae minutos que no nos pertenecen es una afrenta. Así recobramos, a la manera proustiana, un tiempo perdido. Esto lo llama “temporalidad personal”, un camino para escapar del ritmo diario, común, oficinesco.

Buscar una respiración que no sea fiel al tráfigo externo. El propósito es sentir de una manera distinta,

(independiente, solitaria y ajena tal vez sean palabras más adecuadas), sin duda, debe ser una vivencia que altere la relación con el mundo. Hacer de la lectura una apuesta por la renuncia como oficio vital. El arte de la existencia es sustraerse, interrumpirse, detenerse en un punto fuera de foco. Como el personaje de Woody Allen en *Deconstructing Harry* —aunque en la película el resultado es causa de angustia—, valdría la pena pensar dicha disolución como una valiosa oportunidad de vivir descentrado, indefinido. Leámonos en calma, dueños de una temporalidad íntima, ajenos al exabrupto de estar condensados y recludos en un sentido unívoco.

El horizonte y la pesquisa

Nómada o lector de signos. El errabundo y el descifrador de enigmas también son figuras de la interrupción. El primero huye del ámbito doméstico, evita contemplar el mismo paisaje siempre, mientras peregrina carga una melancolía inagotable; el segundo, interpreta lo que nadie más puede, huye de las explicaciones comunes y descubre que el mayor misterio es él mismo. Uno, señala Piglia, encuentra su arquetipo en Odiseo, el viajero; otro, en Edipo, el detective. Aquél devendrá aventurero absoluto, hombre de acción y movimiento; éste será frío y cerebral, analítico y estático.

Ambos, sin embargo, son narradores, es decir, elementos de una historia de la subjetividad. Son representaciones de cómo el sujeto se piensa y explica a sí mismo. Estos personajes saben algo que el resto desconoce, han visto panoramas vedados a la mayoría y resultan fascinantes porque tienen algo que contar.

Viajeros en direcciones contrarias: adentro y afuera; investigadores en sentidos complementarios: lector de huellas y signos o intérprete del mundo y sus muchas pruebas. Lo que en verdad importa al final es que ambos ejemplifican la necesidad del relato, la apertura a nuevas e infatigables historias, formas de “transmitir una verdad que es siempre enigmática, que siempre tiene la forma de epifanía, de la iluminación”. 